

La Tristeza de la Cruz Convertida en Gozo

Pastor Newton Peña

6 de Enero, 2008

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, Republica Dominicana

"De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. Juan 16: 20-22

El pensamiento predominante relacionado con la muerte del Redentor, debe ser de alabanza agradecida. Que el Señor haya muerto en la cruz es una fuente muy natural de tristeza; y muy bien pueden quienes lo traspasaron (y todos nosotros nos contamos entre ellos), mirarle y llorar por su pecado y afligirse por Él.

Antes de saber que hemos sido perdonados nuestra aflicción tiene que ser sumamente opresiva, pues mientras el pecado no sea quitado, somos culpables de la sangre del Salvador. Mientras nuestras almas sólo estén conscientes de nuestra parte de culpabilidad de la sangre del Redentor, debemos quedarnos espantados ante el espectáculo del maldito madero. Debe haber sentimiento de dolor al ver al Salvador crucificado, especialmente durante el arrepentimiento: entonces es **"tristeza que es según Dios,"** que contrista el corazón y promueve en nosotros un intenso horror al pecado, y una firme resolución de alejarnos de toda comunión con las obras de las tinieblas.

Pero el caso cambia cuando discernimos por fe el fruto glorioso de los sufrimientos de nuestro Señor en la cruz: Él nos salvó y triunfó sobre nuestros enemigos

Es sumamente notable e instructivo que los apóstoles, en sus sermones o epístolas, no hablaron de la muerte de nuestro Señor con algún tipo de pesar. Los Evangelios mencionan su angustia durante la ocurrencia misma de la crucifixión, pero después de la resurrección, y especialmente después de Pentecostés, no oímos de tal tristeza.

Pablo dice: **"Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo."** Él tenía, sin lugar a dudas, una idea tan vívida de las agonías de nuestro Señor, que ninguno de nosotros

podría alcanzar jamás, y sin embargo, **en lugar de decir: "Pero lejos esté de mí cesar de llorar a la vista de mi Señor crucificado.** La muerte de Cristo era para él un motivo de regocijo, e incluso una razón para gloriarse.

En las Epístolas de Juan, no escuchan ningún llanto ni lamento, sino que él habla de la sangre que purifica de una manera gozosa y consoladora. Juan dice: **"Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado."**

También Pedro, cuando menciona la muerte de su Dios y Señor dice: **"Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo."**

Lamentemos que Jesús murió; pero de ninguna manera hagamos del luto el pensamiento prominente vinculado a Su muerte, si por su medio hemos obtenido el perdón de nuestros pecados. El lenguaje de nuestro texto permite y a la vez prohíbe la tristeza; da permiso de llorar, pero sólo por un tiempo, y luego prohíbe todo llanto posterior mediante la promesa de convertir la tristeza en gozo. **"Vosotros lloraréis y lamentaréis,"** esto es, mientras agonizaba y estaba muerto y enterrado, Sus discípulos estarían sumamente angustiados. **"Pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo;"** su dolor llegaría a un término cuando le vieran resucitado de los muertos; y así fue, pues leemos: **"Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor."** Para su incredulidad, el espectáculo de la cruz era tristeza, y únicamente tristeza; pero ahora, para el ojo de la fe, es la visión más feliz que pueda contemplar jamás el ojo humano.

Como una mujer a la que le nace un hijo, olvidamos el dolor por el gozo del glorioso nacimiento que la iglesia y el mundo pueden ahora contemplar con el máximo deleite, cuando miran a Jesús "el primogénito de entre los muertos."

Si debemos afligirnos por la muerte de Jesús, cuánto más se nos estimula gozarnos en su muerte. **El primer punto será, la muerte de nuestro Señor fue y todavía es un tema de tristeza;** pero en **segundo lugar, esa tristeza es transmutada en gozo.** Después de haber meditado en estos dos puntos, vamos a considerar por un poco de tiempo, **un principio general que subyace a toda tristeza santa así como esta forma particular de ella.**

I. Primero, entonces, LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR FUE Y ES UN TEMA DE TRISTEZA. Quiero enfatizar que así *fue*, porque durante los tres días que nuestro Salvador estuvo sepultado, había más motivo de tristeza del que puede haber ahora que Él ha resucitado.

Primero que nada, para los discípulos, la muerte de Jesús fue la pérdida de Su presencia personal. Era un gran deleite para esa pequeña familia, tener siempre al Señor en medio de ellos como su padre y su maestro. Fue un gran dolor para ellos pensar que ya no oirían más Su amante voz, ni verían Su benéfico rostro. Ya no podrían ir a Él con todas sus preguntas y dificultades; ya no tendrían donde recurrir en cada hora de tristeza, a buscar consuelo. Felices eran los discípulos de tener tal Maestro siempre a su disposición, en comunión con ellos, guiándolos por Su ejemplo perfecto, animándolos con Su gloriosa presencia, satisfaciendo todas sus necesidades y protegiéndolos de todo mal. **¿No les parece algo razonable que se sintieran como ovejas sin pastor; niños huérfanos?** Ellos estaban tristes no sólo por su propia pérdida personal por Su partida, sino porque Él mismo les era muy querido.

Incrementaba grandemente la tristeza de los discípulos, el hecho que el mundo se alegraría cuando el Señor hubiese partido. "El mundo se alegrará." cuán amarga es la risa burlona de un adversario que se alegra por nuestro abatimiento y experimenta júbilo por nuestras lágrimas. Sus enconados enemigos lo llevarían apresuradamente al banquillo de los acusados de Pilato, y triunfarían cuando forzaran una renuente sentencia de ese gobernante servidor de lo temporal. Se alegrarían al verle cargando Su cruz al calvario; se burlarían con sus crueles miradas y con sus denigrantes expresiones.

Esto agregaba dolor a la muerte de su Señor; restregaba sal en las heridas de los abatidos discípulos, e inyectaba una doble dosis de hiel y ajénjo en la copa que ya era lo suficientemente amarga.

Había otro elemento que los impulsaba a estar tristes, y era que Su muerte fue durante un tiempo la frustración de todas sus esperanzas. Inicialmente habían esperado anhelantes un reino: un reino temporal, el mismo que sus hermanos judíos esperaban. Aun cuando nuestro Señor había moderado sus expectativas y había iluminado sus perspectivas, de tal forma que no buscaban ya tanto una soberanía temporal real, sin embargo, ese pensamiento que "él era el que había de redimir a Israel" todavía permanecía en ellos. Sin un líder **¿Cómo podría establecerse un reino cuando el propio**

Rey fue asesinado? El que fue traicionado por manos cobardes, **¿cómo podría reinar?;** El que iba a ser Rey fue escupido y escarnecido y clavado como un criminal en el patíbulo de la cruz, **¿dónde estaba Su dominio? ¿Cómo podrían estar felices quienes vieron un fin al sueño más hermoso de su vida?** Pobres seguidores del monarca muerto, Sin duda, en su incredulidad, se afligían profundamente porque su esperanza parecía extinguida y su fe trastocada.

Uno de los puntos más agudos acerca de nuestra tristeza por la muerte de Jesús, es que *nosotros fuimos la causa de ella.* Nosotros crucificamos virtualmente al Señor, porque siendo pecadores, Él debía ser convertido necesariamente en un sacrificio. Si ninguno de nosotros se hubiese descarriado como ovejas, entonces nuestros descarríos no habrían ido sobre la cabeza del pastor. La lanza que atravesó Su corazón de un lado al otro fue forjada con nuestras ofensas: la venganza era exigida por los pecados que nosotros cometimos y la justicia exigió sus derechos de Sus manos. **¿Qué amante discípulo rehusaría entristecerse al ver que él mismo era la causa de la muerte de su Señor?**

Ahora, juntando todas estas cosas, pienso que veo abundantes razones del por qué los discípulos estaban afligidos, y por qué debían expresar su aflicción con llantos y lamentos. "Vosotros lloraréis y lamentaréis": hubo una doble vía de salida para una doble tristeza: los ojos lloraron y las voces lamentaron. La muerte de Cristo fue un verdadero funeral para Sus seguidores y causó un aplastante dolor, como si cada uno de ellos hubiese perdido a todos los de su casa.

"Tristeza ha llenado vuestro corazón," dice Cristo: no tenían espacio para pensar en ninguna otra cosa excepto en Su muerte. Su corazón estaba a punto de estallar por el dolor .y ese dolor era tan profundo que podía ser comparado con los dolores más agudos que la naturaleza es capaz de soportar, los dolores de parto de una mujer.

II. Ahora, en segundo lugar, la verdad enseñada expresamente en el texto es que ESTA TRISTEZA ES CONVERTIDA EN GOZO. "Vuestra tristeza se convertirá en gozo." **No intercambiada por gozo, sino realmente transmutada, de tal forma que el dolor se convierte en gozo,** la causa de dolor se convierte en la fuente de

regocijo.

Que Jesucristo murió por nuestros pecados, es causa de un dolor agudo: lamentamos que nuestros crímenes se convirtieran en los clavos y nuestra incredulidad en la lanza: y, sin embargo, hermanos míos, este es el mayor gozo de todos. Si cada uno de nosotros puede decir: "Él *me amó*, y se entregó por *mí*,"; que Jesús tomó mi pecado y sufrió por mi causa en el madero, de tal forma que ahora mi deuda está pagada y mi trasgresión ha sido borrada para siempre por Su sangre preciosa, no necesitan nada más que les indique que el centro de nuestro dolor, es precisamente, también, la esencia de nuestro gozo.

¿En que nos alegraría que Él hubiese salvado a todo el resto de la humanidad, pero no nos hubiese redimido a *nosotros* para Dios con Su sangre? Tal vez nos alegraríamos por simple humanidad que otros fueran beneficiados, pero cuán profundo sería nuestro pesar por ser nosotros mismos excluidos de la gracia.

Bendito sea el nombre del Salvador, porque no somos una excepción: en la misma medida en que nos reconvengamos arrepentidamente por la muerte de Jesús, en esa misma medida podemos alegrarnos con fe en el hecho de que Su sacrificio ha quitado para siempre nuestros pecados, y por tanto" **siendo justificados por fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo**". Debido a que Dios ha condenado el pecado en la carne de Jesucristo, no nos condenará más a nosotros; de ahora en adelante somos libres, para que la justicia de la ley sea cumplida en nosotros que no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Lamentamos nuestro pecado de corazón, pero no lamentamos que Cristo lo haya quitado ni lamentamos la muerte por medio de la cual, Él lo quitó; más bien nuestros corazones se regocian en todas Sus agonías expiatorias. Es algo muy triste que hayamos cometido el pecado que cargó sobre nuestro Señor, pero es un gozo pensar que Él ha puesto sobre Sí todos nuestros pecados.

El siguiente punto de gozo es que Jesucristo ha sufrido ahora todo lo que era requerido que sufriera. Que haya sufrido fue causa de dolor, pero que ahora ha sufrido todo, es igualmente causa de gozo. **Cuando un soldado regresa de las guerras mostrando las cicatrices del conflicto por el cual ganó sus honores, ¿acaso alguien se lamenta por sus campañas? Cuando abandonó su casa, su esposa se colgó de su cuello y lamentó que su esposo debía ir a las guerra, para tal vez morir; pero cuando regresa,**

quizás trayendo sus trofeos con él, honrado y exaltado en razón de sus victorias, ¿acaso sus más íntimos amigos lamentan sus arduas labores y sus sufrimientos? ¿Realizan ayunos correspondientes a los días en los que estuvo cubierto del sudor y del polvo de la batalla? ¿Acaso lloran por las cicatrices que muestra todavía? NO. Ellos estiman que las marcas que el héroe lleva en su carne son las insignias más nobles de su gloria, y las mejores muestras de su proeza. Por tanto no nos entristezcamos hoy porque las manos de Jesús hayan sido traspasadas; No lamentemos que Sus pies hayan sido clavados al madero. Pues no hubo un solo mal pensamiento por el que el no sufriera; no hubo una sola mentira por el que el no agonizara; no hubo una sola iniquidad por el que el no sangrara.

No lamentemos, entonces, pues la agonía ya terminó. Ahora no hay cruz para Él, excepto en el sentido que la cruz le honra y le glorifica; que le exaltan cada vez más alto en el amor de Sus santos.

Gloria sea dada a Dios, pues Cristo no dejó de sufrir ni un solo dolor de todos Sus dolores sustitutos; Él ha pagado hasta el último centavo de nuestro terrible precio de rescate. Los dolores expiatorios han sido todos soportados, la copa de ira fue bebida hasta quedar seca, y debido a esto, nosotros, conjuntamente con todas las huestes de arriba, nos regocijaremos por siempre y para siempre.

Nos alegramos no sólo porque ya ha pasado la hora de dar a luz, sino también porque nuestro Señor ha salido victorioso de Sus dolores. Él murió una muerte real, y ahora vive una vida real. Él permaneció en la tumba, y no fue una ficción que el aliento le abandonó: tampoco es una ficción que nuestro Redentor vive. El Señor ciertamente ha resucitado. Él no solo ha sobrevivido la lucha mortal y la agonía; Él salió victorioso. No está lesionado en ninguna facultad, ya sea humana o divina. No ha perdido nada de Su gloria. No ha perdido ningún dominio, y tiene derechos y títulos superiores en un nuevo imperio. Por sus pérdidas resultó ganador y por el abatimiento ha sido exaltado. Él es absolutamente victorioso en todo sentido. **Nunca hasta ahora ha habido una victoria ganada que no haya sido en algunos sentidos tanto una pérdida como una ganancia,** pero el triunfo de nuestro Señor es gloria sin mezcla. Es una ganancia tanto para Él mismo como para nosotros que participamos de ella.

¿Acaso no nos regocijaremos entonces? Cómo, ¿vas a sentarte a llorar junto a una madre que se alegra al mostrar a su hijo recién nacido? Esto equivaldría a burlarse de la alegría de la madre.

Y así, hoy, **¿Estaremos de luto cuando el Señor ha resucitado invencible, mucho más glorificado y exaltado que antes de Su muerte?** Él se ha ido a la gloria porque toda Su obra está terminada. ¿No debería convertirse en gozo tu tristeza?

El grandioso fin que Su muerte pretendía alcanzar está todo cumplido. ¿Cuál era ese fin? Puedo dividirlo en tres partes.

Era quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo, y eso está cumplido. Él ha puesto fin a la trasgresión, Él ha terminado con el pecado; Él ha tomado toda la carga del pecado de Sus elegidos y la ha arrojado al pozo del abismo; si fuera buscado allí, no sería encontrado, sí, no está, dice el Señor. Él ha alejado de nosotros nuestro pecado, cuanto está lejos el oriente del occidente, y ha resucitado para demostrar que todos aquellos por quienes murió, son justificados en Él.

Un segundo propósito fue la salvación de Sus elegidos, y esa salvación ha sido obtenida. Cuando Él murió y resucitó, la salvación de todos los que estaban en Él, fue colocada más allá de todo riesgo. Él nos ha redimido para Dios por Su sangre mediante una redención eficaz. Nadie de los que fueron redimidos por Él será esclavizado; nadie de aquellos cuyos nombres están grabados en las palmas de Sus manos, será dejado en el pecado o arrojado en el infierno. Él ha ido a la gloria llevando sus nombres en Su corazón, e intercede allí por ellos, y por eso puede salvarlos perpetuamente. "Padre," dice, **"aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado,"** y esa súplica eficaz hace posible que estén con Él y sean semejantes a Él cuando llegue el fin.

Sin embargo, el grandioso objetivo de Su muerte fue la gloria de Dios, y verdaderamente Dios es glorificado en la muerte de Su Hijo, más allá de todo lo que se conocía antes o después; pues aquí el propio corazón de Dios es abierto de par en par para la inspección de todos los ojos de los creyentes: Su justicia y Su amor, Su rígida severidad que no pasará por alto al pecado sin expiación, y Su ilimitado amor que da lo mejor de Sí, el amado de Su pecho, para que se desangrara y muriera en lugar nuestro:

Sí, oh Cristo de Dios, **"Consumado es."** Has hecho todo lo que tenías la intención de hacer, todo el designio completo ha sido cumplido, ni un solo propósito ha fallado, ni siquiera una parte de algún propósito ha dejado de cumplirse, y por tanto, **¿no deberíamos regocijarnos?**

El niño ha nacido. **¿No nos alegraremos?** El trabajo de parto habría sido un tema de gran dolor si la madre hubiera muerto, o el niño hubiese perecido en el nacimiento: pero ahora que todo terminó, y todo está bien, **¿por qué deberíamos recordar la angustia por más tiempo?** Jesús vive, y Su gran salvación alegra a los hijos de los hombres. *Victoria*, VICTORIA, ¡VICTORIA! Aunque el campeón murió en el conflicto, sin embargo, en Su muerte el mató a la muerte y destruyó a quien tenía el poder de la muerte, esto es, el diablo. Regocijémonos pues, Él ha triunfado gloriosamente, y ha destruido completamente a todos nuestros adversarios.

Todavía no habremos completado esta obra de convertir la tristeza en gozo mientras no observemos que ahora, las mayores bendiciones posibles se acumulan sobre nosotros porque Él fue hecho maldición por nosotros. A través de Su muerte viene el perdón, la reconciliación, el acceso, la aceptación: Su sangre "habla mejor que la de Abel," e invoca todas las bendiciones del cielo sobre nuestras cabezas.

Pero Jesús no está muerto. **Él resucitó, y esa resurrección trae justificación, y la carta de seguridad de Su perpetua intercesión en el cielo.** Nos trae Su presencia representativa en la gloria, y la preparación de todas las cosas para que estén listas para nosotros en las muchas mansiones: nos trae una participación en "**toda potestad que le es dada en el cielo y en la tierra,**" en cuya fuerza nos ordena que vayamos y enseñemos a todas las naciones, bautizándolas en Su nombre sagrado. **Amados, Pentecostés viene a nosotros porque Jesús partió de nosotros; los dones del Espíritu Santo:** dones que iluminan, consuelan, reviven, el poder para proclamar la palabra, y el poder que acompaña esa palabra, todo eso nos ha llegado porque ya no está más con nosotros, pues ha pasado a través de las regiones de los muertos para recibir Su corona.

Y ahora, hoy, tenemos de nuevo este gran gozo: que debido a que Él murió, hay un reino establecido en el mundo, un reino que no puede ser conmovido, un reino cuyo poder subyace en la debilidad, y sin embargo es irresistible: un reino cuya gloria radica en el sufrimiento, y sin embargo no puede ser aplastado: un reino de amor, un reino de abnegación, un reino de amabilidad, verdad, pureza, santidad y felicidad. Jesús lleva la púrpura imperial de un reino en el que Dios ama a los hombres y los hombres aman a Dios.

El reino incólume del Pastor sufriente, inaugurado por su muerte, establecido por Su resurrección, extendido por la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, y afirmado por el pacto eterno. Felices aquellos

que están colaborando en su establecimiento, pues cuando el Señor sea revelado ellos también serán manifestados con Él. Entonces, en verdad, nuestra tristeza se convertirá en gozo.

Ese gozo es verdaderamente gozo del corazón. "Se gozará vuestro corazón," dijo el Salvador. El nuestro no es un júbilo superficial, sino una bienaventuranza profundamente arraigada en el corazón. **Ese gozo es también un gozo permanente. "Nadie os quitará vuestro gozo."** No, ni el demonio tampoco. Ni el tiempo ni la eternidad pueden robarnos ese gozo. Al pie de la cruz brota una centelleante y espumosa fuente de gozo, que no podrá secarse nunca, sino que debe fluir para siempre; en verano y en invierno fluirá, y nadie podrá impedir que nos acerquemos a las aguas vivas, sino que beberemos a plenitud por siempre y para siempre.

III. USOS.

De información. Hermanos, en conexión con Cristo deben esperar tener tristeza. "Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará." Pero independientemente de cualquier tristeza que sientan en conexión con Jesús, **hay esta consolación: los dolores son todos dolores de parto, todos son los preliminares necesarios de un gozo siempre creciente y abundante.**

Hermanos, ustedes han llegado a conocer a Cristo, han sentido un dolor más agudo por cuenta del pecado. Dejen que permanezca, pues está obrando santidad en ustedes, y la santidad es felicidad.

Últimamente han sentido una sensibilidad más viva a causa de los pecados de los que los rodean, no deseen ser privados de ella: será el medio para que los amen más, para que oren más por ellos. y para que busquen más su bien, y estarán mejor calificados para conducirlos a su Señor.

Tal vez han tenido que soportar un poco de persecución, duras palabras, y un trato frío. No se impacienten, pues todo esto es necesario para llevarlos a tener comunión con los sufrimientos de Cristo, para que puedan conocerlo más y puedan asemejarse más a Él. Algunas veces pareciera como si la causa de Cristo estuviese muerta. La sana doctrina se predica, pero parece que no tiene efecto en la gente; el pecado no parece ser frenado en la gente; la gente usted le pregunta y contesta como si no esta expuesta a la Palabra de Dios; El enemigo triunfa, la confusión progresa; Jesús parece estar escondido en el sepulcro, olvidado, como un muerto al que no se recuerda.

Está bien que sintamos así, pero en ese mismo sentimiento debe existir la plena persuasión que la verdad de Cristo no puede ser

enterrada por largo tiempo, sino que espera para levantarse otra vez con poder. El Evangelio nunca permaneció en el sepulcro más de sus tres días correspondientes. Nunca rugió un león en su contra sin que se volviese y destrozase al enemigo para que luego se encontrase en su cuerpo un panal de miel.

Como cuando la marea se retira muy lejos, esperamos que regrese en la plenitud de su fuerza, lo mismo sucede con la iglesia. Si vemos que la marea se retrae poco, sabemos que abra maremoto.

Siempre esperen el triunfo del cristianismo cuando otros les digan que está derrotado. Tengan fe en Dios. Dice su Señor: **"Creéis en Dios, creed también en mí."** Crean en Cristo, confíen en Él, descansen en Él, contiendan por Él, trabajen para Él, sufran por Él, pues Él vencerá. Pronto **la tristeza se convertirá en gozo.**

Siempre que su tristeza sea el resultado de pertenecer a Cristo, deben congratularse por ello, pues así como la primavera engendra al verano, así la tristeza vinculada con Cristo nos produce gozo en el Señor. Pronto vendrá su última tristeza: a menos que el Señor venga súbitamente, ustedes morirán. Pero estén contentos de morir. Esperen la muerte sin la menor alarma. La muerte es la puerta del gozo sin fin, y **¿tendremos temor de entrar allí?** No, si Jesús está con ustedes, enfrenten la muerte gozosamente, pues morir es romper las ataduras de esta muerte que nos rodea por todas partes, y entrar en la verdadera vida de libertad y bienaventuranza. Incluso en el fin, la tristeza equivaldrá para ustedes a los dolores del alumbramiento de su gozo. Lleven ese pensamiento con ustedes y siempre estén alegres.

Amigo ¿Se fijaron que el Señor dice: "vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo." Ahora, ¿qué está implicado allí para completar la frase? Pues bien, que la alegría del mundo se convertirá en tristeza. Así será. No hay ningún placer que goce el impío cuando se entrega al pecado, que no se cuaje en dolor y se convierta en tristeza para siempre. Pueden estar seguros que el vino de la transgresión se tornará amargo hasta convertirse en el vinagre del atroz remordimiento que disolverá el alma del rebelde. Las chispas que ahora te deleitan prenderán las llamas de tu eterna condenación. Cada pecado, aunque parezca dulce cuando es como un higo verde, se convierte en la amargura misma cuando llega a su madurez. Ay de ustedes que ríen ahora, pues llorarán y se lamentarán. Ay de ustedes que ahora se regocijan en el pecado, pues crujirán sus dientes, y llorarán y gemirán por causa de ese mismo Cristo que ahora rechazan. Todas las cosas serán trastornadas. Bienaventurados los que lloran ahora, porque ellos recibirán

consolación, pero ay de ustedes que están hartos hoy, pues tendrán hambre. El sol pronto se pondrá para ustedes que se gozan en el pecado. Una tristeza como una densa nube está descendiendo ahora para cubrirles eternamente con sus hórridas tinieblas. De esa nube saltarán fogonazos de eterna justicia, y repicarán los truenos de la justa condenación. "Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos." Que el Señor les libre de tal condenación llevándolos ahora a someterse a Jesús, y a creer en Su nombre. Que nos conceda esta oración por medio de Jesús. Amén.